



XV.

SUBLEVACIÓN DE PORTUGAL.

1640-1641.

Estrechez de la Hacienda.—Dificultad para despachar las flotas.—Correrías de argelinos.—Última acción de Oquendo.—Su buen concepto.—Escuadras francesas.—Combate la de Poniente á nuestras flotas á vista de Cádiz.—Incendia un galeón.—La de Levante.—Reta el Arzobispo de Burdeos al Duque de Fernandina.—Éste le impide hacer daño en Italia.—Fracasa en Gaeta y en Nápoles.—Levantamiento de Portugal.—Estorba la represión el Duque de Medina Sidonia.—Pretende hacerse rey de Andalucía.—Armamentos en Lisboa.—Acuden escuadras de Francia y Holanda.—La última derrotada por la de Dunquerque.—Intento contra Cádiz.—Otro contra las flotas.—Batalla sobre el cabo de San Vicente.—Holandeses y portugueses vencidos.



A continuación de la guerra general, cegando poco á poco las fuentes productivas al paso que consumía las fuerzas y los recursos de la nación, había puesto á la Hacienda en estado afflictivo por demás. La miseria mostraba su triste faz á los servidores del palacio de Madrid privados de estipendio; qué mucho que anduviera en familiaridad con marineros y soldados. Por doquiera se escuchaban lamentos de los que no cobraban, como de los estrechados á pagar, siendo angustiosos los que los mareantes arruinados, armadores ó asentistas de navíos, hacían llegar á la corte en reclamación del cumplimiento de obligaciones sagradas ¹.

¹ Academia de la Historia. *Colección Salazar*. M. 49, fol. 270.



Los de la Universidad y Consulado de Sevilla tenían resuelto cesar en el despacho de las flotas. «No querían cargar, dice Novoa ¹, si no les aseguraban el no tomarles el dinero, las barras de oro y de la plata, y que les habían de dar y pagar lo que les debían y les habían tomado en las otras flotas pasadas, afianzado tantas veces y derogado otras tantas promesas y palabras, cédulas y firmas reales: porque si con lo que habían de cargar se lo habían tomado, ¿con qué caudal habían de proseguir?»

Difícil era con tales condiciones y circunstancias, aniquilado el comercio, acabada la construcción, entorpecida la carrera de las Indias, reemplazar más de 120 naves que casi al mismo tiempo se perdieron en las funciones adversas de Pasajes, Guetaria, Santoña, Brasil, Dunas, Antillas, y que reducían las armadas en proporción extraordinaria, bastante para quitar del todo el miedo á los berberiscos, instándoles á venir, como vinieron, á la bahía de Cádiz, á Gualda, á Valencia, en las correrías de barcos menores ², así como para alentar en semejante intento á los cristianos de allende los Pirineos, bien que no llegara la penuria al extremo que imaginaban ³.

En mal estado, ciertamente, escasas de remeros, faltas de gente de mar y guerra, huída por atraso en las pagas, estaban las galeras ⁴; pero perseveraban en el Mediterráneo las de las escuadras de España, Nápoles, Sicilia, Génova y Cerdeña, animando á sus jefes espíritu superior á la desgracia.

¹ Lib. VIII, pág. 239.

² Novoa, lib. VIII, pág. 244.

³ «Les choses étant ainsi disposées.... les enemies (los españoles) vous en laisseront le champ bien libre, ayant avis de toutes parts qu'ils y sont si faibles que tout leur armement consiste en un vaisseau qu'ils ont frété des Anglais et un autre que le duc de Florence leur a prêté». Carta del rey Luis XIII al arzobispo de Burdeos, de Soissons á 20 de Mayo de 1640. *Correspondance de M. de Sourdis*, tomo II, pág. 158.

⁴ «Les galères d'Espagne ne sont armées que de quatre à quatre par bancs; celles de Naples, Sicile et Doria, de trois à quatre, et les capitainesses, de quatre à cinq, sans soldates que pour leur défense, et celle qu'elles portent pour débarquer est ordinairement sans autres armes que l'épée et gens pris par force». *Idem idem*, pág. 166.



En el Océano algo quedaba á la escuadra del duque de Maqueda; algo puso á flote en las Dunas D. Andrés de Castro, de la de Galicia, que tan desairado papel hizo en la batalla; Oquendo vino desde Mardique con los restos de la suya reparados y á punto de guerra, navegando á vanguardia Miguel de Horna con la de Dunquerque, en oportunidad de rectificar los conceptos ligeros del Gobierno de Francia; pues como intencionalmente recalara sobre la Rochela é isla de Re, donde solían estacionar los navíos de guerra, salieron á su encuentro 12 y trabaron refriega en que tuvieron que sentir.

Los pormenores del combate son confusos; ninguno he visto dado por escritores suyos, ni los de Holanda suplen el silencio. Le Clerc se limita á noticiar que Oquendo y Horna vinieron á España con 25 naves, y que el segundo regresó á Dunquerque conduciendo mil soldados españoles. Entre los nuestros, quién se contenta con anotar que Oquendo y Horna toparan con flota de 12 navíos franceses, con capitana y almiranta, que venían de Levante; pelearon con ellos; tomaron cuatro; echaron á fondo otros tantos; pusieron en fuga al resto ¹. Quién recogió versiones diversas; una que Miguel de Horna, viniendo á España con soldados valones, encontró 13 navíos de franceses, y siendo los suyos menos en número, los acometió y se peleó de una y otra parte con gran valor; echó á fondo cinco del enemigo, y entre ellos la almiranta de Francia, tomó cuatro, y otros cuatro huyeron ². Otra que traía Horna 2.500 soldados valones en 15 navíos; acometió á los que estaban surtos en la isla de Re y hubo gentil refriega porque salieron de la Rochela algunos de los que tenían de armada. Horna tomó siete y entró en Coruña herido ³. Adjudican todos éstos la victoria al general de Dunquerque, agregando que por ella le hizo S. M. merced del hábito de Santiago, mientras algunos la reservan

¹ Novoa, lib. VIII, pág. 194.

² *Memorial histórico*, t. XV, pág. 436.

³ *Idem*, id., pág. 463.



á Oquendo, como general en jefe ¹; de la fecha no se acordaron; hubo de contarse en Marzo ².

Más que la pérdida y disminución de vasos, se iba notando en la armada española la de jefes y capitanes muertos en las funciones de guerra, por el vacío que en experiencia y crédito dejaban. Todavía se sintió por entonces el de Oquendo, que, doliente de espíritu y de cuerpo, pasó de este mundo al otro en Coruña, llorado de los propios y no desconocido de los adversarios ³.

Aparejados los enemigos para sacar provecho de nuestra flaqueza en la campaña del verano, no lo hicieron los holandeses, impedidos de tormenta que deshizo su escuadra en el Texel ⁴; los otros dispusieron dos armadas, destinándolas á Poniente y Levante con objeto bien especificado en las instrucciones del cardenal Richelieu. Dado según ellas, que estaba la plaza de Orán apretada por los moros, las Baleares revueltas; Cerdeña, Niza, Final, con guarniciones flojas y necesitadas; Nápoles y Sicilia trabajadas por el descontento, y las galeras que pudieran ocurrir á tantas necesidades mal armadas y sin gente, el Arzobispo de Burdeos, hombre de la confianza del Ministro, con poderes amplísimos y mando general de naos y galeras, tenía campo expedito en que desarrollar sus facultades, triunfar por sí y dar mano á otros triunfos en tierra, rompiendo la comunicación entre el reino de Nápoles y el estado de Milán.

La armada de Poniente salió de la Rochela con rumbo á nuestras costas, organizada á la moderna con tres jefes: almirante, el Marqués de Brézé; vicealmirante, Mr. Dumé, y contralmirante, Mr. de Coupoville. Al llegar sobre Cádiz, una escuadra argelina de 10 navíos, cinco galeras y dos bergantines perseguían á un bajel procedente del puerto, que

¹ Relación impresa en Barcelona por Jaime Romeu, 1640.

² Le Clerc.

³ Falleció el 7 de Junio de 1640, fiesta del *Corpus Christi*. Al saber la noticia, escribió el cardenal Richelieu: «Je estime pour ce qui est de la mer, la mort de M. de Oquendo, très considerable». *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, página 157.

⁴ Perdieron 46 naves por las noticias de Novoa.



se guareció entre los franceses y les pagó el beneficio informándoles de estar en la bahía, presta para marchar de un momento á otro, la flota de Indias, detenida desde el mes de Marzo, tiempo ordinario de la partida, por los impedimentos anteriormente indicados.

En efecto : dieron la vela á vanguardia los galeones de escolta en la noche del 21; siguiéronles los naos mercantes sin recelo, por no existir aviso de la presencia de otros enemigos que los piratas dichos, y navegando sin descubridores, en pelotón desordenado, al amanecer el 22 y dispárase la neblina, contaron los vigías 36 velas, las 24 de guerra y las 12 de fuego, al parecer, que con viento largo se acercaban en son de combate, tomando tan de sorpresa á los jefes, que ni aun para reunirse en consejo tuvieron tiempo, ni sobraba el que habían menester para disponerse á la pelea inevitable.

Mandaba la armada de la guarda D. Jerónimo Gómez de Sandoval, antiguo general de la carrera de Indias, teniendo por almirante á D. Pedro de Ursúa y por capitanes á casi todos los que con D. Carlos de Ibarra combatieron en Cuba con los holandeses. General de la flota era D. Luis Fernández de Córdoba; almirante D. Asensio de Arriola, y contados los bajeles de éstos que, como es sabido, siempre eran de guerra, componían fuerza de 10 galeones y un patache, si respetable, en dos tercios menor que la enemiga, que tuvo á más en su favor el viento ¹.

¹ Porque no desluciera la desigualdad al triunfo, englobaron los franceses en sus relaciones á los galeones que batieron y á las naves mercantes de la flota espectadoras á retaguardia, apareciendo 36 que ellos derrotaron con 30, las 21 de guerra y las nueve de fuego; mas por si la diferencia se estimaba poca, escribieron que de aquellos 36, diez galeones reales eran de 1.400 á 1.500 toneladas; cuatro de 1.000 á 1.200 y 22 de 400 á 800, tonelaje bastante abultado. El galeón *Santa Teresa*, que se quemó en las Dunas, el mayor de la armada española, considerado portento, tenía mil. Los que comparan las relaciones de batallas escritas por combatientes de uno y otro lado, advierten la necesidad de aplicar á todas una corrección proporcionada al coeficiente de presunción nacional, de que por rareza habrá alguna exenta. La que parece haber servido de matriz á los historiadores franceses, tanto conforman con ella, se titula:

Relation du combat donné par l'armée du Roy, commandée par le Marquis de Brézé, contre l'Armée navale du Roy d'Espagne pres Calis. Ou les ennemis ont perdu pres



Apresuradamente trataron de formar en línea á la bolina, haciendo cabeza el General en jefe y cola el almirante Arriola, la flota resguardada; mas por entorpecimiento del galeón *San Juan* y nao *Gallega* quedaron separados, sufriendo, por consecuencia, el mayor peso de la batalla tan luego como los franceses se aproximaron. La almiranta de éstos emparejó á la capitana real á tiro de mosquete; los otros navíos cargaron á los demás de la línea, corriéndose el contralmirante Coupville á doblarla y proteger á los navíos de fuego, que en número de siete dirigieron á los galeones de mayor fuerza.

Uno de éstos aferró de lleno con el *San Juan*, que era el más separado á sotavento, y lo abrasó, pereciendo el Marqués de Cardeñosa ¹ y la mayor parte de la gente, que se arrojó al agua. Otro se enredó en el bauprés de la capitana y comunicó el incendio á las jarcias y velas de proa, sin pasar adelante por el arrojó con que el capitán D. Pedro

de deux mille hommes et plusieurs vaisseaux. Sur l'imprimé a Paris. En l'Isle du Palais. Avec permission, 1640, 4 hojas, 8.º

Españolas hay, una impresa, varias manuscritas y despachos y cartas oficiales que pueden verse en las Colecciones de: *Jesuitas*, t. 143, núm. 25 y t. 191, número 90; *Navarrete*, t. 24, núm. 44 y t. 32, varios del año 1640; *Sans de Barutell*, art. 3.º, números 938 á 940. Novoa, lib. VII, pág. 241, copió los nombres de los navíos y de los comandantes, á saber:

Capitana de galeones, general D. Jerónimo Gómez de Sandoval.

Almiranta de idem, almirante D. Pedro de Ursúa.

Capitana de la flota, general D. Luis Fernández de Córdoba.

Almiranta de idem, almirante D. Asensio de Arriola.

Nao *Gallega*, capitán Sancho de Urdanivia.

Galeón *San Juan*, capitán D. Diego de Guzmán, marqués de Cardeñosa.

— *San Jerónimo*, capitán Francisco de Ledesma.

— *Santiago de Nápoles*, capitán Gaspar de Carasa.

— *Cuevas*, capitán Juan de Chavarri.

— *Urca*, capitán N. de Zabala.

Pingüe ó patache, capitán Juan de Iarraga.

Al general Gómez de Sandoval, caballero de Santiago, señor de las villas de Bahabón, Oquillas y Cilleruelo, colocó Baena entre los hijos ilustres de Madrid (t. II, pág. 328). Empezó á servir como capitán en la jornada de Argel de 1602; fué teniente general de la isla Española y almirante y general de flotas y armadas de Indias desde 1626.

¹ Llevaba en este viaje título de Gobernador de la infantería, equivalente al de tercer jefe de la armada: se había distinguido en los combates de Cabañas con los holandeses en 1638; vino de las Antillas mandando la flota el año anterior.



Negrete acudió en la lancha, y arrojándole una cadena, lo remolcó hacia fuera. Lo propio verificó el capitán Adrián Pulido con los que amenazaban á la capitana de la flota, salvándola de la destrucción en trance grave, porque, barloado el incendiario por barlovento, á estrepadas fué haciéndolo correr por el costado hasta rebasar la popa, y las llamas, que en el intervalo lamían el galeón, atemorizaron á la gente, que se arrojaba al mar, sin que las voces de mando la contuvieran. De 400 hombres á bordo quedaron unos 30, hallando los más muerte segura en el agua por huir de la dudosa del fuego.

El cañoneo de las armadas dió tiempo á las naves mercantes de la flota para arribar y entrarse en Cádiz sin que faltara ninguna, conseguido lo cual las siguieron los galeones, continuando el combate en retirada con bizarría, hasta que con la venida de la noche lo suspendieron los enemigos.

No se perdió más que el mencionado galeón *San Juan*, consumido, y el patache que se sumergió. La capitana real sufrió más de las llamas que de las balas, no pasando sus bajas de nueve muertos y 20 heridos; la nao *Gallega* de Sancho de Urdanivia salió más castigada, habiéndole tocado, como en la batalla con *Pie de Palo*, la suerte de servir de blanco á seis navíos franceses. Consistió la pérdida principal en hombres, por los que se echaron al agua desde el *San Juan* y la capitana de la flota, y fueran muchos más sin el humanitario proceder de los enemigos, que recogieron una parte con sus lanchas y la enviaron á Cádiz en el bajel inglés que les había proporcionado la ocasión de pelear con éxito. De todos modos no tuvo las proporciones que de la desigualdad de fuerzas pudiera seguirse, ni aun las que los franceses presumieron ¹, por lo que se estimó que «si no volvían los galeones con feliz suceso, lo hacían con reputación».

¹ Dan por cierto sus relaciones que al anochecer se fué á fondo la capitana real con otros dos galeones, y que, siendo dos los incendiados, destruyeron á los españoles cinco de 1.500 á 1.600 toneladas cada uno y valor de 500 á 600.000 escudos, pasando de 1.500 los hombres muertos. Hacen justicia al valor de los contrarios, exceptuando á Mr. Jal, que en su libro *Du Quesne* dice huyeron aterrados á todo trapo sin responder al fuego, tirando carga al agua, dejándose matar. De su parte declaran 30 muertos y 40 heridos, cuando más.



Entre los rasgos personales con que se distinguieron los capitanes Pulido y Negrete se encareció, sin apuntar el nombre, el de un artillero, osado al extremo de entrar en uno de los navíos de fuego incendiados á picar los escotines de gavia para hacerlo arribar y separarse, consiguiéndolo. Notóse igualmente el del general D. Luis Fernández de Córdoba, cuya capitana quedó sin gente, y seguida de la de Francia y otros navíos con propósito de abordarla, maniobró con habilidad hasta alcanzar la bahía ¹.

La armada francesa de Levante no hizo por entonces tanto efecto, fuera porque los hechos del Arzobispo de Burdeos nunca respondían á su verbosidad, ó porque el Marqués de Villafranca, continuando la táctica de las campañas anteriores, desconcertaba todos sus planés, se mantenía constantemente á la vista de su escuadra sin arriesgar encuentro serio y atendía al socorro de plazas ó lugares amenazados, conduciendo tropas, sin que lograra estorbarlo su adversario, sobre todo en el puerto de Final.

Lo que hizo el almirante tonsurado fué detener sobre Alicante á siete naves mercantes inglesas, alegando por razón que transportaban mantenimientos destinados á los españoles, lo cual luego dilucidarían los respectivos Gobiernos, y escribir en el puerto neutral de Génova una de aquellas car-

¹ Don Luis Fernández de Córdoba, comendador en la Orden de Alcántara, empleado en el servicio, desde el año 1596, en las Indias y en Filipinas; general de flotas desde 1602. Una de las relaciones del combate (*Colección Navarrete*, t. xxiv, número 44) refiere episodio grotesco de los que aprovechan al estudio de costumbres y libertades del tiempo. Cuando iba la capitana de la flota sin gente, esquivando el abordaje del Almirante francés, que la seguía, un tal Lechuga, vecino de Cádiz, dónde tenía una tiendecilla de carbón, embarcado con plaza de cocinero, habiendo alzado el codo y visitado más de lo necesario la tina de vino (agua) que se ponía en el combés para refrescar á los sedientos en el combate, se presentó en la cubierta descalzo, en camisa y calzones blancos, como estaba, y subiendo á lo más alto de la popa con espada y broquel, empezó á denostar al enemigo gritando: «Ea, borrachos, cornudos, herejes, venid, que aquí os aguarda el valor de España.» No contento con esto, se bajó los calzones, mostrando por escarnio y burla aquellas partes posteriores que el recato tiene ordinariamente encubiertas; con lo que, subiendo de punto la indignación del General, mandó á los que estaban cerca que lo mataran; pero él más voceaba y más denuestos é improprios decía, insultando á los franceses, y con haberle disparado éstos muchos mosquetazos, ninguna bala le acertó.



tas petulantes de desafío, de su peculiar *confección*, habiéndose asegurado previamente de que no surtiría efecto leída que fuera por el Marqués, aunque se viera en ella calificado de *un des plus grands capitaines du monde* ¹.

Instado á salir de la inacción, se decidió á emplear sus navíos de fuego contra los españoles que, según avisos, se hallaban en Gaeta y Nápoles; sólo que en el primero no le pareció prudente aproximarse á los castillos, y en el segundo, donde se hallaban 14 galeras del reino y cuatro de Sicilia, al mando de D. Melchor de Borja, «no encontrando dónde fondear» á no ser dentro del tiro de cañón, en lugar donde hubiera arriesgado la escuadra, la puso en franquía, olvidando decir en el extraño despacho explicativo ² que hizo desembarco de tropas y hubo de reembarcarlas maltratadas, así como de que en la retirada le siguieron las galeras cañoneando la retaguardia ³ y resultó deslucida su jornada.

¡No afligieran á España otras desdichas que las fantaseadas por el Arzobispo! Mientras á una dieron sus hijos cara al exterior, no hubo mal desesperado de remedio; la gravedad se presentó en el momento de cesar el acuerdo y de volverse unos contra otros; en el instante, de triste recordación, en que los del Principado catalán, pretextando agravios y desa-

¹ «MM. Ducoudray, Baumes, Saint-Etienne et Chaillone furent reconnaître les ennemis dans le port; ils rapportèrent qu'ils étaient en posture de recevoir du mal, et d'en faire fort peu, sur cela, M. de Bordeaux écrit au duc de Ferrandine par un trompette, le conjure de se tirer du port, où il offre de faire entrer ses vaisseaux pour lui ôter tout sujet de crainte. Le duc refuse la lettre, répond qu'il a exécuté les ordres, et qu'il n'est pas en état d'accepter son défi.» *Relation donnée par M. de Saint-Martin*. Publicaron la famosa carta el P. Fournier en su *Hidrographie*, y Mr. Sue en el *Recueil*, llenando el objeto para que fué escrita: el de la publicación. Por ello envió el autor copias á su Rey, al Ministro Cardenal, al Embajador de Francia en Roma y á otras personas, con encargo de distribuir copias, según declara la siguiente de Mr. de Peylieu:

«Monseigneur: Je rends très-humbles grâces à votre éminence des copies que je reçus hier, de la lettre qu'elle a écrite à M. de Ferrandine; j'en ai fait quantité d'autres, et continue à celle fin d'en distribuer à qui m'en demandera, et qu'on voie que les Espagnols ne sont pas si mauvais que superbes.» *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 266.

² *Correspondance de M. de Sourdis*, t. II, pág. 322.

³ Parrino, *Teatro eroico e político de governi de Vicere*, t. II.



fueros, prefirieron ser franceses, y los de Portugal, con pretextos de vejación y mengua de intereses materiales, optaron por la independencia, iniciando el año 1640 en que estamos guerra intestina, que á la anterior de fuera abría por lados opuestos las puertas de la Península. Sintióse entonces de veras el peso de la adversidad, desquiciado el imperio de Carlos V, deshecha la grande obra de unificación de Fernando V y de Felipe II, habiendo de luchar en casa sin poder distinguir el leal del infidente.

En pro de Portugal, haciendo supremo esfuerzo no estimado ¹, se disponía secretamente entonces armada capaz de cambiar la faz de la campaña en el Brasil, estando designados los galeones, nombrado el general, levantadas las compañías de soldados ²; mas ni en contra siquiera tuvo empleo, porque el Duque de Medina Sidonia, el capitán general del mar y de la costa, el magnate en cuyas manos estaban los poderes, las fuerzas y las plazas de Andalucía, desvanecido, y acaso incitado por su hermana D.^a Luisa de Guzmán, duquesa de Braganza, ahora flamante reina de Portugal, alma y sostén verdadero del movimiento ³, soñando con otra división y fraccionamiento de la Península en su provecho, eludió las órdenes soberanas en los momentos críticos de acción, dando tiempo á que el incendio tomara cuerpo. Sólo fué en carabelas socorro para el castillo de San Juan, llevándolo D. Sabiniano Manrique, deudo del Duque de Maqueda, tan confiado y torpe que se dejó engañar y pren-

¹ Véase en el Apéndice á este capítulo el Manifiesto del reino de Portugal declarando el derecho, las causas y el modo de que se valió para eximirse de la obediencia del Rey Católico, en la parte referente á marina y colonias.

² Habían de salir de Cádiz en el mes de Octubre 12 galeones de 500 á 800 toneladas, siendo general D. Martín Carlos de Mencos y almirante D. Tomás Echaburu; la Corona de Portugal dispondría otros tantos con ayuda de la escuadra de Galicia. Las órdenes forman parte de la *Colección Sans de Barutell*, art. 3.^o, número 939 y siguientes.

³ Don Francisco da Fonseca Benavides, *Rainhas de Portugal*, t. II. Lisboa 1879, página 78.

⁴ La orden que se le comunicó para la marcha de las escuadras contra los rebeldes está copiada en la *Colección Navarrete*, t. XXXII, año 1641. Amplia las noticias de la mala fe con que procedió el Duque, Novoa, lib. XI, pág. 468.



der por los que, astutos, se fingían vasallos fieles de D. Felipe ¹.

Si se ha de creer á los correspondientes del P. Pereyra, tan bien informado de ocurrencias en todas partes, al romper el motín no había en el Tajo más que las dos galeras á que se había reducido de tiempo atrás la escuadra de Portugal; una se voló en el desorden, comunicando el fuego á un galeón y un patache que los sublevados armaban: la otra rindieron, así como á las naos del almirante Esteban de Oliste, de Ragusa, que eran tres, reteniéndole prisionero, lo mismo que á los capitanes, y á la de Juan Ciansen, de Dunquerque, al que ahorcaron por la resistencia ².

Con éstas y las de la India fueron disponiendo armada en que volvía á flotar el estandarte antiguo de las *quinas*, persuadidos de que la habrían de necesitar muy pronto; y como lo estaban de la inferioridad relativa con la de Castilla, no anduvieron remisos en procurarse ayuda de las de Francia y Holanda, despachando embajadores que sin mucha dificultad consiguieron el deseo, por lo que á los otros enemigos de España interesaba la alianza, con su cuenta y razón ³. Así, mientras las negociaciones se hacían en El Haya, despacharon de allí avisos secretos á Pernambuco á fin de que partiera escuadra, y á tiempo que una venía á Lisboa como amiga, y eran los jefes agasajados y atendidos, aquélla se apoderaba de Angola, saqueaba á San Thomé y rendía la nao de la India ⁴.

El Embajador de Francia se adelantó, llegando á Lisboa con la escuadra de Poniente, de 35 navios; el holandés, antes de tomar puesto en la mesa del festín congratulatorio, tro-

¹ *Historia del levantamiento de Portugal, por el maestro Fr. Antonio Seyner, del Orden de San Agustín*. Zaragoza, 1644.

² *Memorial histórico*, t. XVI, págs. 97 y 108.

³ Firmáronse en 1.º de Junio de 1641 tratado de alianza y confederación de Francia y Portugal, obligándose á continuar y mantener guerra contra España con armamento naval, y concurrir con Holanda á invadir los dominios de Castilla y atacar á las flotas de Indias, y en 12 del mismo mes tratado de tregua, navegación y comercio entre Portugal y Holanda, con acuerdo de armamento naval contra España. Ambos en la *Colección de Abreu y Bertodano*.

⁴ Fray Antonio Seyner, obra citada.



pezó en la mar con la de Dunquerque, mandada por Judocus Peeters, y hubo de combatir con mala suerte aunque tuviera mayor fuerza. Perdió un navío á fondo, sufrió considerable avería en otros y embocó el Tajo con muchos muertos y heridos ¹. Sin embargo, fortalecido el Gobierno revolucionario portugués con la asistencia exterior, no sólo alzó bandera en los presidios de África, en que había gobernadores y tropas suyas, con excepción de Ceuta, y en las islas Terceras, por de contado, sino que se creyó en disposición de anticipar las hostilidades contra Castilla tomando la ofensiva en la mar.

Agregadas á las 30 naves de la escuadra de Holanda 16 suyas de la procedencia indicada, designó por general en jefe á D. Antonio Téllez, hermano del Conde de Auñón, buen marinero, que habiendo guerreado en la India contra los bá-tavos, no de buena gana los veía á su lado. Aceptó, no obstante, el cargo forzado de las circunstancias, y la comisión de apoderarse de Cádiz, ó de Sanlúcar, por lo menos; empresa considerada fácil por las inteligencias y avisos del Marqués de Ayamonte y del Duque de Medina Sidonia.

De Cádiz había salido Judocus Peeters con cinco de las naves de Dunquerque en busca de una escuadrilla argelina, y al doblar el cabo de San Vicente se halló al frente de la imponente armada luso-holandesa, que en un momento cercó á la suya pensando anonadarla. No había otro recurso que batirse en retirada, como lo hizo Peeters, conservando sus cinco bajeles en línea muy unida durante todo el día 6 de Septiembre (1641); pero en la noche calmó el viento: espaciáronse inevitablemente, y haciéndose remolcar por las chalupas los enemigos, las acosaron, intimando la rendición con oferta de cuartel á buena guerra. Á no restablecerse la brisa hubieran tenido que hacerlo, batidos como estaban cada uno por tres, cuatro y más de los mayores contrarios; mas desde que pudieron reunirse no pensaron en semejante cosa; continuaron la retirada dos días más, sufriendo, como era natural, destrozo en los vasos y en la gente del incesante caño-

¹ Seyner, obra citada. Novoa, lib. IX, pág. 469.



neo, sin dejar de causarlo en los enemigos que se aproximaban, hasta conseguir la entrada en la bahía, admirando el tesón y la sangre fría con que se libraron de situación, al parecer, desesperada ¹.

Juntándose á la burla la evidencia de estar las cosas en distinto estado del que suponían; la plaza apercebida, los gobernadores y capitanes de las fortalezas cambiados y en alarma la costa, decidieron dar vuelta á Lisboa, con desengaño y vergüenza que produjeron la renuncia ó destitución de Téllez, sustituido en el mando general de la armada por Tristán de Mendoza, embajador que fué en Holanda y hombre de más lengua que mano.

La segunda salida que á pocos días hicieron tenía por objeto interceptar las flotas de Indias que estaban para llegar, bien en la recalada al cabo de San Vicente, bien sobre las Azores, y urgía la comisión por tener los navíos holandeses orden de regresar á su país si en todo el mes de Noviembre no parecían los galeones de la plata. Para la contingencia estaban preparados á fuer de gente práctica y mañosa. Hallarse en Portugal teniendo á mano salinas abundantes y no aprovecharlas ahorrándose viaje á las Indias en busca del artículo, fuera perder el tiempo. Habían, por lo tanto, abarrotado de sal los navíos, y en esta forma los sacaron á la mar, creyendo se tratara de paseo tan breve é infructuoso como el anterior, no siendo así. Las flotas interesaban harto al Gobierno de España para no procurar asegurarlas antes que cualquiera otra cosa, y habían corrido órdenes á fin de que saliera de Cádiz armada á esperarlas.

Se congregaron con urgencia, la escuadra de Galicia, que continuaba á cargo de D. Andrés de Castro, el de las Dunas; la de Nápoles, de D. Martín Carlos de Mencos; la de galeones, con D. Pedro de Ursúa, componiendo suma de 23 bajeles buenos, que por indisposición del capitán general Duque de Maqueda pasó á regir el Gobernador de Cádiz,

¹ Relación impresa en Cádiz por Fernando Rey, dos hojas folio. Seyner, obra citada. Novoa, cap. ix, pág. 470.



duque de Ciudad Real, soldado valeroso ajeno á la mar ¹.

Llegado á vista del Cabo descubrió á la armada enemiga y la atacó sin reparo á su fuerza mayor, iniciando batalla de que hay noticias vagas. Según sus despachos al Rey, echó á fondo tres navíos holandeses, otro quedó deshecho y el resto huyó maltratado ²; según historiador del tiempo y de la localidad ³, los de la escuadra holandesa no pararon hasta tomar en Inglaterra puerto donde repararse, abandonando á sus aliados portugueses. Los cuales, por resultas del combate y de un temporal sucesivo, perdieron casi toda la escuadra. La almiranta se sumergió con 300 hombres; dos galeones desaparecieron, y hallándose en apuro la capitana, la abandonó su general Tristán de Mendoza, pasando á un bergantín que le sirvió de tumba, acompañado de su hijo y de la caja de caudales. Suerte desdichada: el navío, aunque sin árboles ni jarcia, llegó á punto de salvación ⁴.

No hay que decir cómo, desbaratado el obstáculo, entraron las flotas en Cádiz; lo que importa es constancia de que si bien los enemigos salieron unos huyendo y los otros deshechos y derrotados sin conseguir facción ni designio, por más que lo premeditó la infidelidad ⁵, no hubo satisfacción en casa por no haber conseguido más. Dícelo un memorial al Rey de D. Martín Carlos de Mencos, protestando de las inculpaciones que á él, al almirante D. Pedro de Ursúa, y á los capitanes Pedro Girón, Gaspar de Campos y Adrián Pulido, se hacían por la conducta el 4 de Noviembre, día de la

¹ Don Juan Alonso de Idiáquez y Robles, duque de Ciudad Real por denominación común, en verdad de *Civita-Reale*, en el reino de Nápoles, nieto de don Juan, el secretario de Felipe II, menino de Felipe IV siendo príncipe; preboste de Bilbao en 1634, sofocó el motín originado por el impuesto de la sal que amenazaba con serias proporciones. Pasó de capitán general á Guipúzcoa, y á Cataluña con el cargo de gobernador general de la caballería. Herido en el sitio de Leucata obtuvo el gobierno de Cádiz, y aquí, por cuestiones de jurisdicción con el Duque de Maqueda y Nájera, riñeron en 1641, saliendo ambos con dos estocadas. Mandóles el Rey reconciliarse, y por impedimento del primero, que saliera rigiendo la armada del mar Océano en espera y escolta de las flotas.

² *Memorial histórico*, t. XVI, pág. 188.

³ Seyner, obra citada.

⁴ Novoa pone este desastre por naufragio en 1642.

⁵ Novoa, cap. IX, pág. 471.



Batalla naval. Reproducción de un grabado flamenco de la época.





batalla con los holandeses sobre el cabo de San Vicente, habiendo sido culpa del Duque de Ciudad Real, ó de su in-experiencia marinera, que no se les aniquilara, pues cuando iban huyendo destrozados y sin aparejo, y se disponían todos los capitanes á abordar, los detuvo haciendo repetidas señales de retirada.

APÉNDICE AL CAPITULO XV.

Fragmento del Manifiesto del reino de Portugal, en que se declara el derecho, las causas y el modo de que se valió para eximirse de la obediencia del rey católico D. Felipe IV.

Parece que justificadamente pedirá el mundo razón de lo que se hizo en Lisboa á 1.º de Diciembre del año de 640, negándose la obediencia á don Felipe IV, señor absoluto hasta aquel día de toda España y de los reinos anexos á sus coronas....., y será muy conveniente satisfacer á este común deseo manifestando las causas que para esto hubo.....

Hallábase Portugal en estado floreciente, habiendo dilatado gloriosamente su imperio en muchas partes del Oriente y de Africa: en todas tenía ciudades y reinos tributarios, con fortalezas que los sujetaban, sacando crecidísimas utilidades con que se enriquecía y aumentaba el reino. En el Nuevo Mundo tenía al Brasil, estado que basta para enriquecer un gran reino, siendo administrado y tratado como conviene. Eran conquistas nuevas, de inmensos productos; riquezas á que siempre aspiraron las antiguas monarquías; pero no habían llegado á total perfección, porque cada día se descubrían nuevos modos de dilatarse. La fe se propagaba con gran celo y cuidado; el crédito de las armas florecía con asombro; la paz se conservaba con toda Europa; todas las naciones comerciaban en nuestros puertos con grandísimas utilidades suyas y nuestras; en ellos hallaban riquezas á buenos precios, con leal trato y sin extorsiones, y con esto ninguna tenía pensamiento de ofendernos, dándose las aquí á menos costo, lo que ahora con grandes riesgos y dificultades van á buscar á otras partes. Nosotros, en cambio de lo que llevaban, recibíamos también mercaderías



de sus tierras, con las cuales se utilizaban mucho las nuestras. Los reyes, contentos con los antiguos tributos y con lo que sacaban de los comercios y conquistas, no imponían otros nuevos; los vasallos lograban con quietud lo que tenían, y si lo expendían en servicio de los reyes, era voluntariamente, con esperanza cierta de cobrarlo multiplicado en grandes mercedes, que recibían de su liberal y generosa mano. El poder naval del reino era muy grande; sus galeones y carabelas de la armada, conocidos por su fortaleza, mucha artillería y armas; muchos marineros, capitanes y soldados prácticos en el mar, con la pericia que causa el ejercicio; muchos navíos de particulares que navegaban á todas las provincias del cabo de Buena Esperanza adentro, en las cuales no había cosa que la naturaleza produjese que no viniese luego con grande abundancia y con frecuencia á Portugal, de donde se distribuía por toda Europa, sacándose en cambio lo más precioso de ella.

Todo cesó con la unión de Castilla, porque habiéndose incorporado ambos reinos en una monarquía, comenzó Portugal á experimentar los daños de la unión, sin recibir las utilidades que se imaginaban. Los fundamentos de Estado con que se gobernaba Castilla eran contrarios á aquellos en que los serenísimos reyes de Portugal fundaban la conservación y aumento de sus reinos. Portugal establecía su grandeza sobre la paz de Europa, y Castilla pretendía ambiciosamente conseguirla por la guerra. Y como el monarca de España atendiese principalmente á lo que más amaba, hizo que Portugal sirviese á los intereses de Castilla, destruyendo los particulares de este reino. La paz de Europa se nos trocó luego en guerra perniciosa, movida, no por causa que en alguna manera nos tocase, sino por los derechos ó designios imperiosos de Castilla, y con infinito daño empezamos á experimentarlo de los holandeses, ingleses y franceses, nuestros antiguos confederados y amigos. La renta de las aduanas, con la falta del comercio, originada de estas guerras, se fué disminuyendo; las mercaderías faltando y encareciéndose; esta pérdida comprendió al rey y á los vasallos. Estas naciones, prohibiéndoseles el comercio de Portugal y la extracción de las mercaderías que hallaban con comodidad en nuestros puertos, determinaron buscarlas en las mismas conquistas; y navegando, nos fueron poco á poco defraudando lo que habíamos adquirido. No nos faltaba valor para defendernos y conservarnos: faltaba la dirección y aplicación de los medios, sin los cuales no podíamos obrar, y sin ellos todo se malograba. El rey de España, aplicando el cuidado á otros reinos, no trataba de éste más que para disfrutarle. Tanto manifestó siempre que no le daban cuidado nuestras cosas, que capitulando treguas de algunos años con los holandeses, las asentó desde la Línea hacia el Norte, dejando



fuera de ellas lo que queda hacia el Sur, adonde cae lo principal de nuestras conquistas: resolución que dió á entender ser cosa que no le dolía, y como si no nos tuviera por vasallos, nos dejó expuestos á los daños de la guerra, que trataba de remediar en los otros estados.

Sin embargo, si no nos hubiera atado las manos, hubiéramos podido guardarnos y defendernos; pero como la dirección y el gobierno era suyo, no podíamos hacer armadas ni enviarlas á tiempo que lograsen buenos efectos. Los navíos de la India se empezaron primero á despachar tan fuera de ocasión y tan mal aviados y pertrechados, que muchos se perdían, otros arribaban, y en todo había malos sucesos. Después, prevaleciendo sus enemigos con su descuido, y disminuyéndose con él la potencia de este reino, se dejó también de enviar el número de navíos necesarios para conservar las conquistas, y con esto se fueron cada día experimentando mayores pérdidas.

Nuestras fortalezas se proveían tan mal de artillería, armas, municiones y demás cosas necesarias para su defensa, que todas las veces que el enemigo las atacaba, peligraban ó se perdían. De esto resultó perderse la Bahía y después Pernambuco, con inmensos daños de esta Corona. La Mina, de que venía gran cantidad de oro, estando tan cerca, estuvo tres años seguidos sin que fuese á ella navío alguno de este reino, hasta que finalmente se vino á perder, pasándose toda aquella utilidad á los holandeses. Ormuz, emporio célebre del Oriente, adquirido con tanta sangre, conservado con tan ilustres victorias, tan útil para el comercio y para aumentar nuestras riquezas, si no por las mismas causas, vino á tener la misma fortuna; y no sólo por ellas, si no por faltar quien gobernase con celo de enmendar las injusticias, robos y tiranías que allí se cometían; porque como todo era venal, todo era licencioso. Dejo los aprietos de Goa, los riesgos de otras plazas, las pérdidas y menoscabos de Ceilán, y otras muchas cosas que alargarían demasiadamente este papel. De ellas se originó la mayor y más lamentable perdida, que fué declinar el aumento de la fe en todas aquellas partes; porque como las armas eran los instrumentos que la dilataban, faltando los buenos sucesos de ellas, faltó ella; frustrándose el principal intento de nuestros reyes, y lo que Cristo declaró, en la fundación de esta corona, por la unión con Castilla, más infausta por esta pérdida que por todas nuestras vejaciones.

Las armadas con que se defendían los mares y que aseguraban los comercios, se dejaron de fabricar, habiéndose primero consumido en la infeliz jornada de Inglaterra y en otras empresas de Castilla el gran poder naval que quedó en este reino por muerte del rey D. Sebastián, y tomándose prestadas en diferentes ocasiones para la misma corona, sin restitu-



ción, más de siete mil piezas de artillería; y como los enemigos encontraban el mar libre, todo cuanto venía para nosotros era presa suya, y las personas que antes armaban navíos para las conquistas, comerciando con grandes utilidades públicas y particulares, lo dejaron de hacer por la falta de seguridad, empobreciéndose con esto el reino notablemente.

Tal fué el fruto de esta nuestra unión, que de los amigos paliados nos hizo enemigos declarados, por sus respetos, sin utilidad nuestra; y los que por ella nos debían ayudar, no sólo no lo hicieron, sino antes bien, atajaron los medios de hacerlo nosotros. Hasta las pesquerías no estaban seguras, porque en nuestros propios puertos tomaban los moros y turcos las mal defendidas barcas de pescar; cautivaban y hacían mercancía humana de los miserables pescadores, y aun se atrevieron licenciosa é insolentemente á lo mismo en los lugares marítimos, como si no tuvieran rey que los pudiese defender; y prohibida la pesca, faltaba al reino una parte considerable de su sustento.

Y habiendo derechos particulares concedidos para que se aplicaran sólo á la construcción de navíos de armada, á fin de libertar el mar, con condición que se gastasen en esto por oficiales presentados por los hombres de negocios, la ambición los incorporó en la Hacienda real sin consentimiento de los pueblos, sin embargo de las condiciones con que se habían concedido, sin consideración de nuestras miserias y sin respeto á la experiencia de estos daños. Y si se hacían algunos navíos y se fundía artillería ó se compraban armas con dinero de esta corona á título de sus empresas, se aplicaban por la mayor parte á las de Castilla, quedando las nuestras desamparadas. Y cuando con armadas de Castilla se acudió á las conquistas de este reino, fué en partes donde se receló que el enemigo les podía infestar las suyas. Por esta causa se vieron socorros de Castilla en el Brasil, de donde desalojaron al enemigo, entendiendo que podría desde allí lograr algún intento en las Indias; que si no fuera esto, bien pudiéramos presumir que se tendría el mismo cuidado de aquel estado que de las demás conquistas nuestras. Y aun en semejantes socorros se procedía con tanta desigualdad, que cuando nuestras armas iban en servicio de la corona de Castilla, se hacía el gasto por cuenta de ésta, y si allí se gastaba con ellas alguna cosa se cobraba luego, y las suyas que venían en servicio de las nuestras, se pagaban de las rentas de este reino.

Los servicios que mejor se premiaban con las mercedes de esta Corona eran los que hacían por la de Castilla, y por esto muchos portugueses pasaron á servir á ella. Otros, mal satisfechos, dejaban de servir, y por ambos motivos quedaba lo que era propio, destituido de socorro. Y no sólo con admitir esta gente al servicio de las otras Coronas se enflaquecía la



nuestra, sino que también se mandaban hacer en ellas levas de gente de mar y guerra para las empresas de Castilla, con lo cual se nos quitaba el poder conservar las nuestras y se daba ocasión para que se fuesen perdiendo y extinguiendo. Al mismo tiempo que había esta falta de armadas con tan dañosas resultas, se pagaba sueldo al General de las galeras, que no había ni hubo antes en muchos años; indicio que convence que no se dejaba de acudir á tan gran necesidad por falta de caudal, porque si la hubiese habido, se hubiera reparado en gasto tan inútil. Había, según parece, descuido afectado, que de intento consumía al reino.

Lo mismo se colige de saber que para abatir más los bríos naturales de nuestra nación, á quien se debía alentar para que sirviese con buen ánimo, se ordenó que las armadas de Portugal obedeciesen, no sólo al General, sino también al Almirante de Castilla. Y si nuestros generales no lo querían hacer, ni observar las órdenes de aquella Corona, encontradas con la de ésta eran presos y molestados; por lo cual, los hidalgos de valor procuraban excusarse de aquellos cargos en que, ó habían de ser afrentados ó dejar perder la preeminencia de su reino. Con esto no se hacían las armadas en la forma que convenía, porque ninguno servía con gusto, sabiéndose que haciéndolo se había de perder la honra, que es el mayor interés del servicio.

Con esto que sucedía en la mar y en las conquistas, se perdía la reputación y gloria de nuestras armas, la cual, siendo antes admirada de las naciones, parecía entonces la burla de la fortuna. El valor de la nación era el mismo y las empresas las mismas; sólo se había mudado el gobierno, y éste sólo debe ser infamado por las referidas quiebras. Para que todo concordase, se abrasaba al mismo tiempo interiormente el reino por la ambición de quien le gobernaba; porque queriendo siempre sacar dinero, y dejando perder el que podía venir de fuera, procuraban sacarle con extorsiones en la substancia de los vasallos. Antiguamente, las empresas de nuestros reyes eran de suerte que aprovechaban á ellos y á los vasallos. Antiguamente los emolumentos alcanzaban á todos: las vidas y la sangre se sacrificaban prodigiosamente. En aceptar estos honrosos y animosos tributos no reparaban nuestros monarcas, pero se abstenían de tocar á las haciendas, porque eran padres y sabían que no hay reino contento con injustas y violentas exacciones.....

Impreso en portugués en Lisboa, por Paulo Craesbeeck, año 1641. Traducido y publicado íntegro por Abreu y Bertodano en la *Colección de Tratados*. Publicóse un segundo Manifiesto en portugués y se hicieron varias refutaciones.

